

**Bruno
Jasieński**

**Voy a meterle
fuego a París**

Maldoror ediciones



Bruno Jasiński

Voy a meterle fuego a París

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores,
viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición en lengua polaca:

Pałę Paryż

Wydawnictwo Czytelnik, 1957

© Primera edición: 2013

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-10-4

Maldoror ediciones
www.maldororediciones.eu

Voy a meterle fuego a París

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Aquello comenzó por un hecho mínimo, de apariencia insignificante y carácter absolutamente privado.

Una hermosa noche de noviembre, en la esquina que la calle Vivienne hace con el boulevard Montmartre, Jeannette le dijo a Pierre que necesitaba sin ninguna excusa unos zapatos de baile. Caminaban lentamente, cogidos del brazo, perdidos en esa hormigueante figuración de un escenario casi improvisado, que el defectuoso aparato de Europa proyecta cada noche sobre la pantalla de los bulevares de París.

Pierre callaba, hosco.

Además, tenía para eso razones personales más que serias.

Aquella mañana, el encargado, que se desplazaba con pasos sigilosos por el taller, se detuvo ante su banco y, mirando hacia algún punto por encima de su hombro, le dijo que recogiera sus herramientas.

Hacía ya dos semanas que había comenzado aquella caza al hombre. Pierre había oído hablar de ello a los compañeros. Una crisis económica causaba estragos en Francia; ya no se compraban autos. Las fábricas amenazaban con el cierre. En todas partes despedían al personal. Temiendo desórdenes, sólo se procedía al despido de algunos hombres al día, en horas diferentes y nunca en los mismos talleres.

Al llegar al trabajo por la mañana, cada cual se preguntaba: ¿Me tocará hoy a mí?

Cuatrocientos pares de ojos inquietos seguían los pasos del encargado, que se desplazaba lentamente, entre los bancos, como absorbido por sus pensamientos, y evitaba encontrar los ojos escrutadores, deslizándose sobre su rostro.

Cuatrocientos hombres, inclinados sobre su banco, como si aún quisieran hacerse más pequeños, más grises, más imperceptibles, en una carrera febril de las manos, atacaban los segundos sobre los tornos abrasadores, y los dedos entumecidos, suplicaban con un

grito mudo: “¡Nosotros somos los más rápidos! ¡Que no me toque a mí! ¡Que no me toque a mí!”

Y cada día, en uno de los rincones del taller se detenía el dibujo execrado de los pasos indecisos, y en el opresor silencio resonaba la voz impasible y mate: “¡Recoja sus herramientas!”

Entonces, de algunos centenares de pechos, como el soplo de un ventilador, se escapaba un suspiro de alivio: “¡No soy yo! ¡No soy yo!” Y los dedos, domesticados y rápidos, atrapaban y desenrollaban aún más vivamente, segundo a segundo, eslabón a eslabón, la pesada cadena de las ocho horas.

Pierre oyó decir que despedían en primer lugar a las malas cabezas. No tenía, pues, nada que temer. Evitaba a los agitadores y no iba a los mítines. Durante la última huelga, estaba entre aquellos que, pese a la prohibición, habían acudido al trabajo. Los obreros bocazas le miraban de través. En sus encuentros con el encargado, se esforzaba por sonreír amablemente.

Pero a pesar de todo esto, desde el momento en que el encargado comenzaba a desplazarse mudo y siniestro por el taller, los dedos de Pierre temblaban en su carrera ahogada, las herramientas le caían de las manos; ni se atrevía a agacharse para recogerlas, temiendo llamar la atención, y el sudor de una compresa fría perlaba su ardorosa frente.

Cuando, esa mañana, los pasos lúgubres se detuvieron súbitamente al lado de su banco, cuando con una mirada sobre la expresión de los labios Pierre leyó su condena, sintió, de pronto, como un alivio: al menos, se había acabado.

Lentamente, sin darse prisa, hizo un paquete con sus herramientas. Sin volverse, tranquilo, se despojó del mono y lo envolvió cuidadosamente en un papel.

En la secretaría, al contar sus fichas de herramienta, advirtieron que faltaba un micrómetro. El engranaje duro e infalible de la administración le remitió entonces a la oficina de control.

Allí, un chupatintas, bizco y calvo, le dijo brevemente que le retenían cuarenta francos por el micrómetro perdido. El resto ya lo había solicitado como anticipo dos días antes. Así, pues, no le debían nada.

Pierre, sin decir ni una palabra, arrambló de la mesa sus sucios certificados. Sabía muy bien que, para no concederle a los obreros

despedidos el derecho al subsidio de paro, la fábrica, haciéndole el juego al gobierno, les negaba el sello: “Despedido por falta de trabajo.” A pesar de todo, Pierre hubiera querido intentar pedirlo. Examinó la calvicie brillante de aquel hosco chupatintas, a los dos fornidos de la policía interior de la fábrica que le daban la espalda con aire de estar absorbidos en una discusión particular, y comprendió que era inútil.

Con un paso cansado, abandonó el despacho.

En la puerta, recogieron su orden de salida y examinaron sus bártulos.

Delante de la fábrica, Pierre se quedó largo tiempo inmóvil, perdido, pensando a dónde podría ir. Un poli, gordo y azul, con cara de bulldog, con un número brillante en su collar, le rugió al oído. “¡Circule!”

Pierre decidió presentarse en distintas fábricas. Pero, a donde quiera que iba, siempre recibía un rechazo. La crisis era general. Las fábricas sólo trabajaban algunos días a la semana. El personal disminuía cada vez más. Había que olvidarse de la contrata.

Después de todo un día de gestiones, hacia las siete horas, Pierre, hambriento y fatigado, llegó a la tienda para esperar a Jeannette. Jeannette necesitaba unos zapatos. De hecho, tenía toda la razón. Pasado mañana, será la festividad de Sainte-Catherine. Su taller da al baile. Para economizar, Jeannette le ha hecho un arreglo a su vestido del año pasado. Sólo le faltan unos zapatos de baile. ¡Pues no puede ir descalza! Y, en suma, tampoco era un gasto considerable. Vio justamente un par en exposición. Un magnífico par, de lamé dorado, por cincuenta francos solamente.

Pierre tenía en su bolsillo justo tres céntimos y, sumido en un mutismo melancólico y nada prometedor, escuchaba la tierna cháchara de su amiga. Aquella cháchara encontraba un eco en su pecho, que se cerraba suavemente como durante los fuertes descensos de las “montañas rusas”.

El día siguiente transcurrió en nuevas e inútiles gestiones. No contrataban en ninguna parte. A las siete horas, derrengado y embrutecido, Pierre estaba en los arrabales, en el otro extremo de París. Había prometido estar ante la tienda de Jeannette. No tenía ya tiempo para llegar a la hora. En el fondo, ¿qué podría decirle?

Jeannette necesita unos zapatos de baile. Ella llorará. Pierre no puede soportar sus lágrimas. Con paso cansino, se dirige a la ciudad.

Durante el trayecto, iba pensando en Jeannette. A decir verdad, estaba mal no haberla esperado a la hora convenida. Hubiera debido explicarle, hacerle comprender. No había nada que decir, había actuado como un grosero. Ciertamente, Jeannette le había esperado y después, al no verle venir, volvió a casa enfadada. ¡Bien hecho! Decidió, a pesar de la hora tardía, pasar a verla y pedirle perdón.

Pero allí, supo que Jeannette aún no había regresado. Aquella noticia le sorprendió, desgranando de golpe el rosario de frases que con tanto esfuerzo había ensartado en su mente.

¿Dónde, pues, podía estar Jeannette tan tarde? Ella casi nunca salía sola. Pierre se puso a esperarla bajo la puerta cochera. Pero pronto comenzaron a dolerle las piernas. Se sentó en un bordillo, apoyado a la pared. Esperaba.

En alguna parte a lo lejos, en una torre invisible, un reloj sonó dos veces. Lentamente, como alumnos recitando una lección, otras torres los repetían por encima de los tejados, pupitres gigantes. De nuevo el silencio. Los párpados, pesados como moscas envidadas, se alzan un instante para cerrarse enseguida. A lo lejos una primera carretilla, sobre el asfalto socavado, rechina tímidamente. No tardarán en pasar los basureros. Los adoquines de la calzada -desnudos cráneos de una muchedumbre sepultada viva-, los encontrarán por medio de largos gritos, transmitidos de boca en boca en el infinito de una calle imaginaria. A lo largo de las aceras pasarán raudos hombres negros armados de largas picas, que hundirán en los ardientes corazones de los lampadarios.

Un crujido seco y doloroso de acero. La ciudad dormida, al despertarse, alza con esfuerzo los pesados párpados de sus escapara-tes de hierro.

Es de día.

Jeannette no ha regresado.

CAPÍTULO II

El día siguiente era la festividad de Sainte-Catherine. Pierre no fue a buscar trabajo. Temprano, ganó la plaza Vendôme y, apoyado a una puerta cochera, cerca de la tienda de Jeannette, se puso a espiar su llegada. Una vaga inquietud lo invadía sordamente. En su cabeza pesada de insomnio, como las islas flotantes de las nubes de tabaco en una habitación ahumada, planeaban imágenes imbuidas de acontecimientos extraordinarios. Apoyado a la verja de hierro, esperó todo el día. Llevaba dos días sin comer absolutamente nada, pero el sentimiento del hambre, en estado latente, aún no se había convertido en una sensación definida.

Por la noche comenzó a llover, y, bajo las cortinas de agua, los firmes contornos de las cosas ondularon, alargándose en profundidad, como sumergidas en un baño frío y translúcido.

La noche caía inmisericorde. Los mecheros de gas encendidos, como manchas de grasa incolora en la superficie de lo negro—sin poder fundirse en él ni iluminarlo—, agrandaron el tajo profundo de la calle con sus filamentosas sombras: fauna fabulosa de inconmensurables profundidades.

Las orillas escarpadas se estiraban hacia lo alto, en un deseo imposible de superficie, con las destellantes grutas encantadas de las joyerías, donde, sobre rocas de gamuza, sacadas de sus conchas, dormitaban enormes y delicadas perlas, ensartadas en collares.

Por el vasto lecho del río submarino, con ruido escamoso de neumáticos, nadaban tropas de monstruosos peces de hierro en desove, con los ojos encendidos y las escleróticas en blanco, frotándose, con lujuria, con sus flancos rodeados por un halo azulado: lechaza de bencina.

Por las umbrosas orillas, desplazándose con esfuerzo, como buzos en el agua, hombres con plomosos zapatos bullían bajo los pesados cascos de los paraguas. Parecía que uno de ellos, el primero, iba a dar la señal y se elevaría a la superficie, dibujando arabescos—con sus pies liberados—, por encima de la rampante multitud.

A lo lejos, siguiendo la corriente, se acercaba con indolencia un extraño buzo con casco liso, con tres pares de piernas de mujeres. Cuando los pies llegaron a la altura de la puerta cochera se dio cuenta que soportaban, bajo el casco, tres sonrientes cabezas, y que una de ellas era la cabeza de Jeannette.

Al ver a Pierre, Jeannette se acercó dando pequeños saltos y lo bombardeó con los confetis abrigarrados de su cháchara (... “las montañas rusas”...) Vestía traje de noche, un abrigo y zapatos de baile, de dorado lamé, nuevos y ya empapados.

¿Por qué no volvió a casa? Naturalmente, durmió en casa de una amiga. Tuvo que coser de madrugada los vestidos para el baile de hoy. ¿De dónde tiene sus zapatos nuevos? Un anticipo sobre el próximo mes. Si Pierre quiere, aún tiene algunos minutos y puede ir a comer con él.

Pierre, enfadado, murmura que no tiene ni un céntimo.

Elle le mira asombrada e incomprensiva.

¿Entonces, es no? En ese caso, se irá a comer algo con sus amigas. Tiene prisa, pues aún le faltan algunas pequeñeces.

Alzándose sobre la punta de los pies, lo besó rápidamente en los labios y desapareció, rauda, bajo la enorme puerta.

Pierre tomó lentamente la dirección de su casa. Sus pies estaban pesados y el áspero sabor de la saliva, que percibía por primera vez, forzó la entrada de su consciente con un persistente hipo. Pierre comprendió y sonrió a su poca perspicacia. Era, evidentemente, el hambre.

Los bulevares bullían ya de gorros multicolores, de bufandas, de alegres modistillas y jóvenes desenfadados. A la sombra de los mecheros de gas insensibles, los Pierre endomingados besaban los labios de sus jóvenes Jeannette que se alzaban sobre la punta de los pies con coquetería.

Ménilmontant, grisceo, aparecía sombrío y hosco, como siempre. Pierre llegó con esfuerzo a la casa. Estaba cansado y nada deseaba más que tumbarse en su lecho.

Desde hacía algún tiempo, evitaba encontrarse con su trasijado y gruñón portero. Los gastos de los últimos meses (un vestido de Jeannette) eran la razón de que debiese ya un trimestre. Cada noche se las arreglaba para deslizarse, sin ser visto, por la escalera mal iluminada.

Esta vez, sin embargo, no tuvo suerte. Saliendo a su encuentro vio aparecer, como un fantasma, el deforme perfil del portero. Pierre intentó, alzando su gorro, pasar, pero fue retenido. De las palabras groseras y escupidas, sólo comprendió una cosa: no podía ya entrar en su habitación. Al deber tres meses —ya estaba alquilada a algún otro. Le devolverían sus cosas cuando pagase.

Maquinalmente, sin protestar, ante el evidente estupor del portero en vena de cháchara, Pierre dio media vuelta y salió a la calle. Caía un sirimiri. Sin pensar, Pierre se arrastró a lo largo de las paredes húmedas, ya muertas de sueño. En los huecos y soportales de las casas, hombres y mujeres negros se ocultaban para dormir, ovillados por el frío, con las extremidades tapadas con viejos periódicos encontrados.

Como un náufrago que se dirige hacia la primera luz visible, Pierre, trastabillando de fatiga, fue hacia las luces rojas del metro, en la esquina del bulevar.

En una torre lejana, sonó una hora. Los adormecidos empleados expulsaban de la caliente boca del metro a los viajeros rezagados y los vagabundos seducidos por el calor.

Las verjas se cerraban rechinando.

En las escaleras exteriores se guarecían y empujaban las sombras. Hombres, broncos y andrajosos, se daban prisa en ocupar un sitio sobre las escaleras, lo más cerca posible de la verja, por la que París jadeante exhala su aliento pesado y húmedo. Cubiertos con andrajos, los hombres se tumbaban en la escalera, con la cabeza sobre la dura almohada de los peldaños, protegiéndose torpemente con el amparo precario de sus manos. La escalera no tardó en estar ocupada. Para los rezagados poco previsores, sólo quedaban los últimos peldaños, los menos resguardados del frío y la lluvia. Pierre se sentía demasiado cansado para ir más lejos. Sumiso y débil, tenía cuidado de no pisar o empujar a nadie, se tumbó en un peldaño libre en la parte más alta de la escalera, entre dos viejas arpías de pelo cano, que acogían a cada recién llegado con un gruñido hostil.

Tenue como la niebla, la lluvia, con una pata mojada, le acariciaba el cuerpo, traspasando las ropas con una penetrante humedad. Los andrajos, empapados, tibios por el calor de los cuerpos adormecidos, desprendían un áspero olor. La almohada de piedra de la

escalera cubierta de escupitajos se incrustaba en la cabeza. Las agudas aristas de la escalera se hundían en las costillas, serrando el cuerpo en pedazos que se retorcían en una fiebre sin sueño como trozos de gusanos.

En sueños, Pierre vio que la escalera en la que estaba tumbado no era una escalera ordinaria, sino una escalera mecánica como las que había visto en “Au Printemps” o en la estación del metro de Pigalle, y que se elevaba con estruendo. De las profundidades de la tierra, del abismo abierto del metro, con un ruido monocorde y seco, trepaba el acordeón de hierro de las escaleras sin fin. Una tras otra, aparecían constantemente nuevas escaleras, cubiertas de una masa de cuerpos oscuros y menesterosos. La cima de la escalera se encontraba ya en alguna parte, entre las nubes. Abajo, ululaba con sus miles de luces, en el silencio muerto de la noche. París de incontables ojos. Con un estruendo rítmico, la escalera trepaba cada vez más alto. Pierre se sentía como arrojado en el vacío cósmico de los espacios interplanetarios, el brillo de las estrellas y el silencio del infinito.

Por la boca abierta del pavimento, por la del cielo abierto, trepaba la escalera mecánica: lava negra de seres humanos, ovillados, derrengados y dormidos.